

El golpe de agosto de 1991 y el colapso de la URSS

Alejandro Dabat y Alejandro Toledo*

El fallido golpe de Estado el 19 de agosto de 1991 marcó el punto culminante en el colapso del *socialismo realmente existente* en la URSS. En lugar de restablecer el poder de la facción conservadora de la burocracia dio lugar a una respuesta popular que destruyó los fundamentos políticos del viejo régimen (partido de Estado, policía secreta, alto mando militar), imposibilitó el retorno al régimen social anterior, liquidó la posibilidad de la propia reforma desde arriba (*perestroika*) e incorporó a la URSS al proceso de transición al capitalismo en curso en casi todo el anterior campo socialista.

Lo anterior tiene enormes consecuencias internacionales, puesto que no sólo conlleva el entierro definitivo del campo socialista y el fin del sistema internacional bipolar de la segunda posguerra, sino que implica la desintegración del último de los viejos imperios del mundo moderno (en el sentido de sistema de dominación coercitivo sobre los pueblos y naciones), con la consiguiente apertura de otro ciclo histórico de conformación de nuevos Estados nacionales. También implica, sin duda, la conclusión del periodo histórico abierto con la Revolución de octubre de 1917, durante el cual la lucha por el socialismo tendió a identificarse internacio-

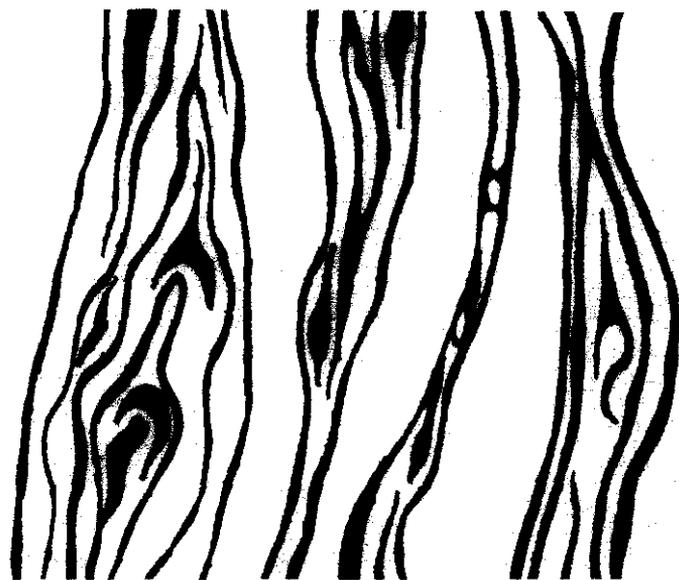
*Profesores en el Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, y en el Departamento de Economía, UAM-I, respectivamente.

nalmente con la defensa, los logros, las ideas y los métodos de la "patria del socialismo".

Con el fin de considerar un proceso histórico de tal complejidad, trataremos de ubicar el análisis del golpe dentro de una perspectiva de largo plazo que parta de la crisis del *socialismo real*, para seguir luego con el intento infructuoso por renovarlo desde arriba, la *perestroika*, y concluir con algunos elementos de la situación presente y sus perspectivas de desarrollo.

La crisis del régimen burocrático soviético

La Revolución de octubre condujo a la sociedad socialista (en tránsito hacia el comunismo) prevista por los revolucionarios, a otra muy distinta de naturaleza estatista-totalitaria que llevaría inevitablemente al bloqueo de las fuerzas productivas y al progreso social. Factores de tipo económico, como el atraso de la Rusia zarista o la vía soviética de industrialización, se conjugaron con determinantes de tipo político, como la estrategia bolchevique de toma y consolidación del poder, la derrota de las revoluciones obreras en la Europa de los años veinte o las consecuencias del imperativo de construir el mayor aparato bélico del mundo; todo ello dio lugar tempranamente a la estatización completa de la vida económica y a la eliminación integral de la democracia a partir de formas políticas e ideológicas basadas en el monopolio del poder por parte del Partido Comunista. El socialismo soviético se estructuró en torno a un estamento burocrático (la nomenclatura) convertido en clase dominante a partir del monopolio de gestión sobre los medios de producción, planificación e información, del uso



patrimonialista de los recursos públicos y del acceso privilegiado a bienes de lujo y de consumo escasos.¹

Durante el largo periodo que va desde fines de los veinte a la década de los sesenta, este sistema estatista y totalitario permitió una acelerada dinámica de industrialización y urbanización. Los tempranos y espectaculares éxitos de los planes quinquenales, el heroísmo con que se enfrentó y derrotó la agresión nazi, los logros en materia de educación y bienestar social, el establecimiento de una supremacía militar convencional en Europa o la paridad nuclear y espacial con los Estados Unidos, fueron factores que alimentaron el espejismo de la superioridad del socialismo soviético frente a un capitalismo supuestamente en "crisis general" y cada vez menos capaz de desarrollar nuevas fuerzas productivas. En la segunda mitad de los años cincuenta, Krushev ase-

guraba que el campo socialista, con la URSS a la cabeza, superaría en 1980 la capacidad productiva del capitalismo, lo que aseguraría el vuelco a su favor del mundo subdesarrollado y el derrumbe de los centros imperialistas hacia el fin de siglo.

La evolución de la lucha de clases y de los movimientos anticoloniales de los años sesenta y setenta configuró un contexto internacional que parecía encaminarse en el sentido de tales predicciones. En la serie de revoluciones y movimientos antimperialistas que sacuden al Tercer Mundo durante esas dos décadas, la URSS amplía su campo de influencia mundial. En los años setenta, además, tiene lugar el fin de la expansión capitalista de posguerra y la entrada de los países industrializados en una nueva crisis de larga duración, mientras que la URSS (principal productor y exportador de petróleo) pasa a ser uno de los principales beneficiarios del ascenso en los precios internacionales del crudo.

Pero detrás de este poderío (que alcanza su cenit con la invasión a Afganistán en diciembre de 1979), la URSS comienza a padecer un pronunciado declinamiento económico, que se acentúa en los primeros años de los ochenta con la finalización del *boom* petrolero. En lo que hoy se conoce como la decadencia brejneviana, el deterioro económico es acompañado por una caída aun mayor del nivel de vida de la población,² surgiendo fenómenos sintomáticos como la generalización del alcoholismo, el ausentismo laboral, la corrupción gubernamental en gran escala, el florecimiento del mercado negro, la prostitución, etcétera.

Mientras que la crisis capitalista induce al sistema dominante a nivel mundial a procesar cambios tecnológicos y productivos, reestructurando modalidades de acumulación y regulación, el sistema so-

viético resultó incapaz de pasar a una etapa de desarrollo basada en el cambio tecnológico, el elevamiento de la productividad laboral y la descentralización de las decisiones empresariales. En lugar de poder adoptar un patrón de desarrollo intensivo y flexible, se mantuvo aferrado al tradicional funcionamiento extensivo, centralizado y cerrado, así como a un régimen laboral que premiaba la lealtad y el conformismo en demérito de la eficiencia y la calidad de los bienes producidos.³ Un esquema, en síntesis, que jerarquizaba la expansión de la industria pesada y militar y el crecimiento del aparato estatal en desmedro de la agricultura y la producción de bienes y servicios de consumo social y personal. Para los ochenta, la URSS se revelaba así como una superpotencia militar, a la vez subdesarrollada y decadente, en la que el parasitismo de la clase dirigente se asentaba en un sistema político-ideológico, opresor de la individualidad y de la iniciativa social.

De la *perestroika* al golpe conservador

A la muerte de Brejnev, en el interregno de Andropov y Chernenko, la cúpula soviética comienza a reconocer la extrema gravedad de la situación. Comprende que el viejo sistema está agotándose, y que ello sucede en un momento en que la transformación tecnológica del capitalismo tiene enormes consecuencias económicas, políticas y militares en términos del conflicto mundial con Occidente. Con Gorbachov asciende al poder una nueva generación de dirigentes portadora de esta visión crítica, dispuesta a asumir las reformas del sistema retomando las tradiciones reformistas de la NEP de los veinte, los

intentos kruschevianos de los sesenta, así como las experiencias similares de Europa del Este y China.

La *perestroika* se propuso reestructurar al conjunto de la economía, promoviendo un mercado regulado en el que participarían empresas públicas, individuales, cooperativas y mixtas, en un contexto de apertura al comercio exterior y de incorporación de tecnología y capital extranjero. Este cambio, orientado al establecimiento de un *socialismo de mercado*, se concebía íntimamente ligado a un profundo cambio político. Así, la *glasnost* buscaba promover la transparencia en el manejo de la información, la flexibilización en las instituciones y reglas de gobierno, la conformación de un estado de derecho, la apertura cultural y la libre circulación de las ideas. En política internacional Gorbachov planteó el fin de la "guerra fría" y el fin de la relación de "soberanía limitada" que la URSS ejercía sobre los países de Europa central y oriental.⁴

A más de seis años de haberse puesto en marcha, es claro que el curso de los cambios económicos, políticos e internacionales rebasó claramente los propósitos iniciales del proyecto de reestructuración, transparencia y fin de la guerra fría enarbolado por Gorbachov.

En lo económico, las reformas no lograron reactivar el aparato productivo y, al no decidir a su favor el conflicto con los bastiones del poder burocrático, lo único que lograron fue desorganizar aun más los mecanismos de planificación central, profundizando la ya aguda crisis económica y social.⁵ El fracaso de las medidas gradualistas de transición a un socialismo de mercado abrió paso a ideas mucho más radicales de aceleración y profundización de las reformas, contemplando un campo mucho más amplio de privatización. En lo político, la *glasnost* logra desen-

cadenar un vasto y rico proceso de apertura y democratización en el que florece la vida política y cultural. Pero la apertura, lejos de mejorar la capacidad de liderazgo del PCUS, comienza por cuestionar su carácter de partido único, y termina haciendo lo propio con su papel dirigente. En la arena internacional, al soltarse las amarras de los países de Europa oriental, tienen lugar procesos de masas que barren con el poder de las nomenclaturas satélites.

La *perestroika* acaba desbordándose a sí misma, no por incapacidad del liderazgo gorbachoviano, sino por la naturaleza terminal de la crisis del sistema soviético.

A pesar de su fracaso la *perestroika* altera todo el orden y sistema de conflictos vigentes a nivel mundial, tal como se había desarrollado durante cuatro décadas: en el lapso de cinco años se negocia la reducción de armas nucleares y convencionales con los Estados Unidos y la OTAN, las tropas soviéticas se retiran de Afganistán, se viene abajo la "cortina de hierro", se derrumba el Muro de Berlín, se desmantela el Pacto de Varsovia y se modifica sustancialmente la política soviética hacia los movimientos y gobiernos de inspiración revolucionaria y/o nacionalista en el Tercer Mundo.

En esta serie de acontecimientos, se puede apreciar un claro curso de repliegue del imperio. En los países satélites de Europa del Este, en particular, la *perestroika* proporciona el espacio para transformaciones democráticas de orientación capitalista, mientras al interior de las fronteras de la URSS se desatan movimientos nacionalistas y autonomistas que rechazan la dominación rusa.

Ante el fracaso de la renovación económica, la sociedad soviética se fue polarizando en torno a dos grandes fuerzas. A grandes rasgos se puede identifi-

car un creciente movimiento de masas que se va agrupando alrededor del liderazgo de Boris Yeltsin.

Este bloque se va dotando de una orientación favorable al multipartidismo, la confederación de las repúblicas integrantes de la URSS y el rápido tránsito hacia una economía de mercado (fuertemente privatizada) su fuerza se amplía considerablemente en la medida en que logra incorporar a los sindicatos mineros independientes, protagonistas del movimiento huelguístico desencadenado a lo largo de varias repúblicas en 1989.

A este reformismo radical cada vez más crítico del gradualismo gorbachoviano, se le opone un bloque conservador, integrado en torno a sectores ortodoxos de la nomenclatura que califican de contrarrevolucionario al repliegue internacional, a la apertura política y a la reestructuración económica;⁶ ellos se atrincheran en el aparato estatal central (fuerzas de seguridad, ejército, cuadros ministeriales, dirección de las grandes empresas).

Mediando y oscilando entre esos dos bloques, Gorbachov asiste a un pronunciado deterioro de su consenso, lo cual busca contrarrestar a comienzos de 1990 combinando medidas de centralización del poder (dirección del PCUS, del Soviet Supremo y del Ejecutivo de la Unión) con una profundización de la apertura política y el establecimiento del pluripartidismo (abolición del artículo seis de la Constitución de la URSS que garantizaba al PCUS el monopolio del poder).

Pero este tipo de medidas no sólo no resolvieron la crisis gubernamental central, que en última instancia derivaba de la indefinición de Gorbachov y del propio Soviet Supremo (paralizados por el equilibrio entre renovadores y conservadores),⁷ sino que acentuó el debilitamiento del poder central al permi-

tir el acceso al poder de fuerzas distintas al PCUS en varias repúblicas (como la Federación rusa, que pasa a ser presidida por Yeltsin) y las principales ciudades del país, en las elecciones de mediados de 1990. En este contexto, arrecian los movimientos separatistas de las repúblicas periféricas, y los países Bálticos declaran su independencia sin que el propio reformismo radical logre estructurarse en algo parecido a una fuerza unificada.

Amén de las disputas en torno a la política exterior y otros aspectos, el eje de los conflictos entre las diversas fuerzas políticas de la sociedad soviética se ubica alrededor de dos grandes cuestiones: el programa económico a aplicar y las relaciones entre el poder central y las repúblicas.

La pugna en torno a la orientación económica tuvo muchas alternativas. En junio de 1990 el Soviet Supremo aprueba el Programa Rishkov que representa un acuerdo entre el centro gorbachoviano y el sector de los conservadores; más tarde, a fines de agosto y luego de los cambios en la correlación de fuerzas que tuvieron lugar durante el XXVIII Congreso del PCUS,⁸ el Soviet Supremo aprueba el Programa Shatalín enarbolado por los reformistas. Se trata del célebre programa de los “500 días” elaborado por Yablinsky. No obstante, para mediados de octubre, se aprueba un nuevo programa de síntesis entre los dos anteriores —intento tardío por mantener el equilibrio entre las fuerzas políticas en pugna— mientras los radicales anuncian que en la República Rusa pondrán en práctica el programa de los “500 días”.

La polarización se acentúa en el invierno 90-91, tras el fortalecimiento del ala conservadora en el gobierno central. Mientras la República Rusa anuncia en marzo la puesta en marcha de un “camino

especial” de reformas económicas, al que los conservadores tachan de separatista, estos últimos aprueban en mayo un Programa anticrisis (Pavlov) que posterga las reformas de fondo. Sin embargo, ante el avance del desastre económico y de cara a la reunión del Grupo de los Siete, Gorbachov acuerda con Occidente un nuevo programa económico elaborado por Yablinski y la Universidad de Harvard, el cual en principio le abriría las fuentes de la ayuda financiera internacional. Pero de nuevo la presión conservadora obstruye la negociación con Occidente imponiendo enmiendas que implican una síntesis entre el programa de Pavlov y el de Yablinski. Esto no satisface en particular a los gobiernos de los Estados Unidos, Inglaterra y Japón con lo cual la *perestroika* no puede acceder a los empréstitos internacionales.⁹

El conflicto en torno a las relaciones entre el poder central y las repúblicas es aun más agudo. Se desencadena rápidamente a mediados de 1990, cuando fuerzas independentistas acceden al poder en los países bálticos, Georgia, Moldavia o Armenia; los reformistas radicales pasan a controlar directamente el gobierno de la Federación Rusa y los gobiernos comunistas locales de los Estados musulmanes adoptan posiciones autonomistas. Su fuerza y sincronía amenazan la subsistencia misma del aparato estatal central, ya erosionado con los avances del movimiento democrático y la emergencia del sindicalismo independiente.

Por esta razón la irrupción de los conflictos nacionales conduce al reagrupamiento defensivo de la burocracia conservadora de la Unión, lo cual se traduce en el conjunto de fenómenos contrarreformistas que dominan los últimos meses de 1990 y primeros de 1991 (entrada del ejército en política



Sandra Chocoy '92

activa, surgimiento del grupo neoconservador Soyuz dentro del PCUS), giro temporal a la derecha de Gorbachov, desplazamiento de los ministros más democráticos del gabinete por representantes directos de la KGB, el ejército y el complejo industrial-militar. Durante este periodo Gorbachov intenta apoyarse en la nueva derecha para evitar la disgregación de la URSS, mientras pugna por llevar adelante su propuesta de Nuevo Tratado de la Unión, basado en la asociación voluntaria de las repúblicas. Sin embargo su política facilita el avance de las posturas favorables a la "mano dura" que proclaman la necesidad de "salvar a la URSS" por cualquier medio y evitar su desintegración.¹⁰

Lo que se desintegraba, ciertamente, era el Estado, tanto en su acepción de órgano de dominio de la Nomenclatura sobre la sociedad (PCUS, KGB, sistema ideológico), como en su sentido de aparato institucional de unificación de las diferentes repúblicas.

El curso de la reforma había conducido a una situación en la que las tendencias que impulsaban la privatización radical, la autonomización de las repúblicas y el desplazamiento del PCUS del poder, crecían incontenibles, de manera similar a como lo habían hecho en 1989 en los países de Europa oriental. El resultado de ello era el surgimiento de una "dualidad de poderes" entre un centro estatal nacional en crisis y un conjunto disperso de fuerzas regionales, sociales y políticas ascendentes que tendían, cada vez con más intensidad, a estructurarse en torno al poder de la Federación Rusa.

Frente a esta situación política interior, la profundización extrema de la crisis económica y social y la presión externa de los países del Grupo de los Siete (cuya asistencia financiera se tornaba indispensable), Gorbachov llega a acordar con Yeltsin un

procedimiento para intentar preservar, mediante el Nuevo Tratado de la Unión, la existencia de la URSS a partir de una solución confederada y una orientación común para la transición económica.

La Nomenclatura responde a ello con el intento de golpe el 19 de agosto.

El golpe frustrado y la revolución democrática

El golpe conservador fue una intentona contrarrevolucionaria organizada por el núcleo principal de los dirigentes del PCUS, del aparato de seguridad del estado (la KGB) y del complejo industrial-militar, que no logró movilizar en su favor a ningún sector importante de la población ni imponer su autoridad al ejército y la policía; en casi ningún sitio la oficialidad y las tropas siguieron las órdenes del Comité de Emergencia de utilizar la fuerza contra el pueblo. En cambio, el golpe fallido puso en evidencia el papel jugado por el propio partido de Estado (que por regla general trató de operar como fuerza sustentadora del golpe), así como a los que actuaron en su favor dentro del aparato estatal, las fuerzas armadas, los medios de comunicación o la administración económica.

La resistencia al golpe logró concitar un apoyo popular amplio, si bien no generalizado pues un gran sector de la población no participó directamente en los acontecimientos, especialmente en las zonas rurales y las repúblicas periféricas. La movilización antigolpista trascendió ampliamente a la de los intelectuales, ya que incluyó a la juventud, a los núcleos principales del proletariado industrial y minero,¹¹ a la gran mayoría de la tropa, así como al activismo

autonomista de las repúblicas (que conocía la oposición de los golpistas a la firma inminente del nuevo Pacto de la Unión). Ello permitió a las fuerzas democráticas derrotar la intentona conservadora, haciendo uso de métodos característicos de las grandes revoluciones urbanas del siglo XX: la huelga general, la lucha de barricadas, la movilización masiva de trabajadores y la realización de asambleas de soldados y oficiales.

La derrota del golpe implicó la profundización de la revolución democrática en tanto desató una transformación política que, impulsada desde abajo, siguió una lógica de destrucción de las principales instancias estatales comprometidas en la intentona golpista, incluido el propio Partido Comunista. Al hacer saltar el aparato estatal central, la revolución democrática de agosto sancionó igualmente la autonomización de las diferentes repúblicas de la URSS, conllevando la independencia de hecho o de derecho de las mismas y trasladando al interior de las más conservadoras, como Georgia o Uzbequistán, el germen de la revolución democrática.

La supresión del PCUS en particular fue vista por gran parte de la izquierda mundial como una medida antidemocrática, que implicaba la ilegalización de la acción política de los comunistas dentro de la URSS. Pero lo que la revolución de agosto suprimió no fue el derecho de los comunistas soviéticos a organizarse políticamente (pueden hacerlo en igualdad de condiciones con cualquier otro partido), sino el de actuar como partido de Estado utilizando discrecionalmente los recursos públicos, con derecho a intervenir a través de sus células en la administración pública, empresas y unidades militares o controlando una enorme red de propiedades y medios de operación que obstruían procesos de democrati-

zación política y social. En ese sentido, la supresión del PCUS fue un logro fundamental de la revolución democrática, tan importante como el establecimiento de la libertad de opinión y organización social, del libre sufragio o del reconocimiento del derecho a la autodeterminación de las repúblicas.

Desde una perspectiva histórica amplia puede considerarse a los acontecimientos de agosto de 1991 como una continuación de la revolución de febrero de 1917, en las nuevas condiciones del enorme país industrial y urbano surgido luego de más de siete décadas de modernización autoritaria pretendidamente socialista. El incumplimiento de la promesa bolchevique de construir una democracia superior a la burguesa hizo que los antiguos pueblos del imperio ruso acabaran sumergidos bajo un régimen de opresión política cada vez más incompatible con las nuevas condiciones económicas, sociales y culturales de las sociedades industriales y urbanas de la segunda mitad del siglo XX. Cuando el *socialismo real* dejó de funcionar como régimen económicosocial, y la *perestroika* mostró su incapacidad para responder a los reclamos políticos de los sectores más dinámicos de la sociedad, la revolución democrática inconclusa de febrero de 1917 reapareció enarbolando los mismos principios que procesos similares en todo el mundo han levantado desde la revolución francesa de 1789.

Como en 1917, fueron los intelectuales, la clase obrera y los soldados (esta vez sin los campesinos) las fuerzas decisivas de la revolución. Pero la gran paradoja de este nuevo vendaval político es el hecho de que el contenido económico de la revolución de agosto no fue la renovación del socialismo, sino la disolución de la URSS, la reincorporación de las distintas repúblicas al mercado mundial, el estable-

cimiento de la economía de mercado y el comienzo de la privatización de la economía. En una palabra, la adopción de un camino de desarrollo económico-social orientado hacia el capitalismo bajo la dirección del gobierno ruso de Boris Yeltsin y el respaldo decidido de los principales países capitalistas (el Grupo de los Siete).

La URSS entra de esa manera en el mismo proceso de restablecimiento de la propiedad privada y reintegración al mercado mundial, emprendido directamente por los países de Europa del Este poco antes, y por China bajo una modalidad indirecta, una década antes.

El proceso que se inicia en la URSS, sin embargo, parte de condiciones internas que lo dificultan enormemente y tornan inciertas sus posibilidades. Debe vencer grandes obstáculos, tales como la resistencia inercial de aparatos burocráticos muy osificados, herencias socioculturales muy arraigadas, el inevitable descontento de los trabajadores y la masa de la población a los costos sociales de la transición, la escasa acumulación de fondos privados capitalizables, la ausencia de móviles y valores propiamente capitalistas, etcétera.

Pero a pesar de las enormes dificultades que sin duda lo aquejaran, el desarrollo del capitalismo en la URSS es una alternativa indudable por tres razones fundamentales: la imposibilidad de retorno al régimen estatista anterior, la situación internacional imperante y la correlación interna de fuerzas.

En relación con la imposibilidad de retorno al régimen social anterior, el punto ha sido tratado con cierto detalle en la primera parte de este artículo. Baste recordar tan sólo que el derrumbe del régimen estatista acarreó el desplome de la producción, la paralización de circuitos vitales de comercialización

y distribución de bienes e insumos, el desmoronamiento del sistema social y el rápido deterioro de las condiciones de vida de la población, esto último provocó un masivo rechazo que retroalimentaba la crisis del sistema.

La segunda razón es el contundente triunfo del capitalismo sobre el campo socialista y la correlación internacional de fuerzas resultante. De entrada habría que recordar que ese triunfo se apoyó en cuatro premisas básicas:

- a) La superioridad tecnológica, consolidada a partir de la revolución informática (con sus múltiples expresiones económicas, sociales, culturales y militares);
- b) La superioridad económica, traducida en términos de productividad, calidad, e incluso motivación del trabajo;
- c) La superioridad en el régimen político, expresada en el auge y la difusión internacional de la democracia representativa y plural frente a la crisis mundial de los sistemas totalitarios de partido de Estado; y
- d) La creciente superioridad en el terreno que aparentaba ser el bastión del régimen soviético, es decir, el del bienestar social, expresado en términos del nivel medio y calidad de vida de la población.¹²

La tercera razón tiene que ver con la relación política de fuerzas al interior de Rusia, caracterizada por la hegemonía política del liberalismo sobre la burocracia reformista, el movimiento popular y las principales fuerzas sindicales; la orientación procapitalista del núcleo principal de la oposición conservadora (ver nota 10) y la extrema debilidad del

socialismo democrático y autogestionario.¹³ Estas tendencias se asientan con el rechazo de la población hacia el socialismo (al cual identifica con el estatismo totalitario padecido) y la admiración generalizada por el modo de vida occidental, difundido ampliamente por el levantamiento de la censura y la revolución de las comunicaciones.

Las dos últimas razones tienden a inclinar la balanza de posibilidades en favor del camino capitalista, siendo la presión de la economía mundial clave en por lo menos dos sentidos. En el largo plazo, sobredeterminando el desenvolvimiento y la salida de la crisis al establecer condiciones de concurrencia tecnológica, militar y comercial a un país postrado, desarticulado e impelido a abrirse al mercado mundial —dadas sus propias necesidades de adquisición de tecnología y divisas duras— y a reducir drásticamente el gasto militar. En el corto y mediano plazos, será fundamental el papel que puedan llegar a tener el crédito y la inversión occidental para paliar las consecuencias sociales de la crisis, restaurar sectores clave de la producción como el petróleo, o reconvertir para fines civiles la industria bélica.

Estos elementos no determinarán directamente el tipo de propiedad o el carácter de la gestión económica, pero parece prácticamente inevitable que subordinen el funcionamiento de lo que quede de la URSS a la lógica del mercado mundial capitalista, y que esta situación influya decisivamente en el curso de la vida económica interna.

En particular, la correlación interna de fuerzas políticas claramente favorece un curso capitalista. En este sentido la diferencia fundamental que parece existir entre la propuesta yelsinista y la de la corriente que desplazó a la vieja guardia ligachovista en el liderazgo conservador (grupo Soyuz) parece hallar-

se en el plazo del régimen político (democracia liberal o dictadura militar), o en todo caso en las modalidades de la privatización. Por su identificación con los intereses del ejército, el complejo industrial-militar y la dirección de los grandes complejos industriales y agrícolas¹⁴ y su aceptación de una cierta liberalización, privatización y apertura externa de la economía, este sector (o cualquier otro partidario de una transición rígidamente dirigida desde arriba) estaría inclinado a actuar en el sentido de las “cuatro modernizaciones” chinas.¹⁵

Sin embargo, la URSS no puede seguir completamente el modelo de la modernización china, porque, entre otras cosas, la revolución de agosto de 1991 liquidó el sistema de partido de Estado, y cualquier intento de centralización del poder por la vía autoritaria tendría que basarse casi exclusivamente en el ejército y la coerción policial. Pero en la medida en



que la burocracia militar-industrial quiera dinamizar la agricultura o los servicios y recurrir masivamente a la inversión extranjera sin perder el control directo de los grandes complejos industriales, se situará objetivamente dentro de la misma lógica de transición periférica al capitalismo; ello sólo retardaría el momento inevitable de la restructuración del núcleo anacrónico del aparato industrial en propiedad del Estado. La cuestión central por resolver sería el agotamiento histórico del patrón soviético de industrialización y la necesidad de recurrir a un nuevo tipo de organización industrial descentralizada, competitiva y flexible, sea ésta de tipo capitalista (lo que parece más probable) o socialista-autogestionaria (que requerirá condiciones de madurez social, cultural y política de la clase obrera que no se avizoran para un futuro demasiado cercano).

Por el conjunto de las razones expuestas, las opciones actuales de la URSS para dejar atrás el estatismo y la catástrofe económica se encuentran entre las diferentes modalidades del capitalismo. Como en los países de Europa del Este o China, los sucesivos gobiernos liberales, democristianos, socialdemócratas, comunistas o nacionalistas se verán impelidos a seguir orientaciones procapitalistas. Las diferencias radicarán en la menor o mayor importancia de los contrapesos sociales, la regulación gubernamental y el control social, el papel de la empresa pública (cooperativa o autogestionaria), la capacidad de autodeterminación nacional y de influencia internacional, etcétera.

Dentro de este marco de opciones, jugarán un papel fundamental factores tales como el desarrollo político que logren alcanzar los diferentes pueblos de la URSS, la preservación de las instituciones democráticas, el curso y orientación de la lucha social

o el tipo de lazos económicos y políticos recíprocos que logren establecer las repúblicas.

La posibilidad del capitalismo en la URSS desde la perspectiva del materialismo histórico

En cualquiera de los casos, si la URSS entra en la esfera del capitalismo internacional se plantearán tremendos interrogantes: ¿Cómo pudo suceder? ¿Qué razones llevaron a la clase obrera y al grueso de la sociedad a respaldar a fuerzas que pugnaban abiertamente por el restablecimiento de la propiedad privada y la subordinación del país al capital internacional? ¿Cómo pudo la “revolución política”, que derrotó a la burocracia del supuesto “Estado obrero”, arrogarse la misión de revertir la obra de la revolución bolchevique?

Más allá de la retórica, creemos que la respuesta puede encontrarse en los propios planteamientos del materialismo histórico. Éste nos enseña que el desarrollo de las fuerzas productivas es la necesidad básica de toda sociedad y que en el largo plazo prevalecen los modos de producción más eficientes sobre los menos dinámicos. Según el materialismo histórico los intereses de la sociedad predominan a la larga sobre los del Estado y el desarrollo social sólo puede alcanzar niveles elevados cuando se traduce en el florecimiento de la personalidad individual. Dentro de esta perspectiva teórica el socialismo no sólo constituye la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción, sino la socialización de la gestión económica y política y el respeto a los derechos de las personas y grupos sociales.

Partiendo de tales premisas puede reconocerse por qué la vía estatista-totalitaria llevó a la URSS a

un callejón sin salida, a un tipo de desarrollo económico-social que a la larga implica estancamiento y decadencia de las fuerzas productivas, imposibilidad de continuar resistiendo a la presión externa del capitalismo mundial, de generación de la vida social y, finalmente, derrumbe del sistema. Los rasgos totalitarios, burocráticos y paternalistas del mismo bloquearon en particular la posibilidad de que los trabajadores y fuerzas más dinámicas de la sociedad desarrollaran en su interior cualquier tipo de organización, cultura o propuestas independientes, que hicieran posible la reforma y transformación desde adentro del régimen políticosocial.

Este desenlace, en muchos sentidos trágico para el pensamiento y los ideales del socialismo contemporáneo, fue previsto total o parcialmente por marxistas "proféticos" de orientaciones tan diversas como Kautsky, Trotsky o Bujarin, para sólo mencionar los más conocidos. Todos ellos, a pesar de sus distintas perspectivas políticas previeron la posibilidad del derrumbe y el posible restablecimiento del capitalismo en Rusia.

Kautsky, al denunciar la supresión de la democracia por los bolcheviques y las consecuencias históricas de su orientación económica, escribió que el sistema de "estatización burocrática... era irreformable desde adentro", y que "sólo podía ser superado por medio de una revolución democrática que adaptara la estructura económica en el nivel real de las fuerzas productivas por medio de una economía mixta", introduciendo nuevamente el mercado y la competencia, y democratizando la vida política.¹⁶

Trotsky, al cuestionar la posibilidad de un socialismo nacional más atrasado económicamente que el capitalismo, fue muy claro en señalar que "la victoria es en último término del régimen social que

asegure a la sociedad humana el mayor nivel económico" y que "sin intervención de la revolución europea, las bases sociales de la URSS se derrumbarán inevitablemente (por su inferioridad económica ante el capitalismo) tanto en caso de victoria como en caso de derrota".¹⁷

Bujarin, por último, al rechazar el camino de la industrialización y la colectivización forzada, señaló que los costos sociales de la estatización total de la economía serían a la larga más altos que los de la pequeña producción mercantil, lo que daría lugar a la conformación de un nuevo régimen de explotación basado en el monopolio de la autoridad que conduciría al bloqueo de las fuerzas productivas, obligando a la sociedad a romper esas cadenas. Según él, si el proletariado no era capaz de revertir por sí mismo este proceso y hacer posible la continuidad del desarrollo económico, "otras fuerzas" lo harían en su lugar.¹⁸

El derrumbe de la URSS y la posibilidad del restablecimiento del capitalismo no sólo caben plenamente dentro del pensamiento marxista, sino que fueron previstos por los principales marxistas del siglo XX. Las enseñanzas de la historia y la teoría coinciden en el diagnóstico y la previsión. Lo que faltaría ahora sería pasar a considerar las consecuencias que tendría el restablecimiento del capitalismo para los pueblos de la URSS y el futuro del socialismo.

¿Ha llegado para los pueblos de la URSS el fin de la historia?

Del conjunto de la exposición anterior se desprenden tres grandes conclusiones: que el retorno al estatismo no es posible, que no existe la posibilidad del

socialismo en un futuro más o menos inmediato y que la URSS está siendo arrastrada a la órbita del capitalismo. ¿Esto significa que los pueblos de la URSS carecen de futuro?

Al respecto algunas cosas parecen evidentes por sí mismas. La adopción de cualquier camino capitalista de desarrollo social requerirá una reestructuración radical de la economía, una drástica reducción del aparato administrativo así como de las fuerzas armadas y policiales, una disminución de los subsidios sociales y regionales; implicará, asimismo, el disciplinamiento de la fuerza laboral y la intensificación del trabajo, ya sea por medios directos (empresariales) o indirectos (presión del mercado); conllevará la penetración en gran escala del capital, los métodos y la cultura de Occidente, por sólo mencionar las grandes tormentas que sacudirán profundamente las condiciones de vida y las percepciones de la realidad de los pueblos soviéticos. Rusia quedará reducido a un apéndice relativamente atrasado del capitalismo mundial, habrá más desempleo, desigualdad y desasistencia social y aparecerán por doquier nuevos males sociales característicos del capitalismo.

Como ya vimos, todo esto pareciera ser inevitable. Cabe empero preguntarse si el capitalismo sólo traerá nuevos males. Al respecto debe recordarse que el capitalismo no es sólo explotación y destrucción, también es un régimen social contradictorio de desarrollo de fuerzas productivas, de dinamismo social y de internacionalización de las relaciones económicas, culturales y políticas entre los pueblos, que conlleva tanto condiciones de explotación y opresión como posibilidades de resistencia, democracia, autorganización, progreso o reformas sociales. Es decir, diversos factores que, en su contrapo-

sición, podrían sacudir a los pueblos soviéticos del letargo forzándolos a romper el inmovilismo generado por décadas de paternalismo y burocratismo totalitario, abriendo la posibilidad de conformación de nuevos sujetos sociales capaces de impulsar desde abajo una alternativa socialista.

Es a partir de aquí donde cabe plantearse un segundo tipo de pregunta. En el caso del desarrollo capitalista en la Rusia actual, ¿predominarán los factores que conduzcan a la recuperación económica y social, o bien se impondrán los que orillen al país a un mayor retroceso y degradación? Se trata de una cuestión decisiva, no sólo en términos del futuro de los pueblos soviéticos, sino también del destino de la humanidad.

La respuesta a esta pregunta depende de los márgenes económicos con que cuenta el capitalismo en la URSS, aparte de la sobreexplotación de los trabajadores y el saqueo de los recursos naturales. ¿Existirán condiciones de expansión y acumulación que dejen espacios para la democracia, la seguridad social y el desarrollo de sindicatos, organizaciones populares y otras expresiones independientes de la sociedad civil?

Nuestra idea es que la URSS tiene enormes potencialidades de recuperación y expansión debido a que cuenta con el territorio más extenso del mundo, recursos naturales excepcionalmente vastos, pueblos vigorosos, intelectualidades sensibles y profundas, y comunidades científicas de altísimo nivel y gran originalidad, potencialidades que el estatismo totalitario despilfarró y desaprovechó.

En particular la URSS tiene un enorme potencial de ahorro, acumulación, generación de empleo y de inversión privada y pública por las siguientes razones:

- a) La enormidad de su gasto militar y aparato burocrático, que plantea la posibilidad de reordenar drásticamente el uso de su excedente económico con fines productivos y de gasto social.
- b) La anticuada base tecnológica y organizacional de la industria, que deja un amplísimo campo para una reestructuración productiva que permita simultáneamente elevar la rentabilidad de las empresas y (en caso de que exista un fuerte movimiento sindical), defender, recuperar y elevar los salarios.
- c) Sus enormes recursos naturales (petróleo, minería, agricultura), crean la posibilidad de incrementar considerablemente las exportaciones, abaratar los insumos industriales internos y reducir los costos de reproducción de la fuerza de trabajo. En los dos primeros campos mencionados existe un enorme potencial para la inversión extranjera en gran escala y en el tercero (agricultura) para la reforma del sistema burocrático actual.
- d) La expansión, prácticamente desde cero, de la pequeña empresa en áreas explotadas hoy por el Estado en bajísimas condiciones de productividad, como los servicios (donde existe un amplísimo campo de expansión), la actividad agropecuaria o la pequeña industria, vendría a impulsar en amplia escala la iniciativa individual y ocupar mano de obra desplazada por la reconversión del sector industrial y del aparato estatal.
- e) La existencia de recursos científicos y tecnológicos propios en ramas industriales de alta tecnología y gran demanda internacional como la aeronáutica, la espacial o la nuclear. A este nivel, por ejemplo, la reorientación del trabajo científico utilizado por la industria bélica sentaría las bases para el desarrollo de la informática.

El capitalismo explotará en su beneficio esos enormes recursos y potencialidades, convirtiendo a la URSS en una esfera muy importante de la economía mundial. Pero sus modalidades de desarrollo (en un sentido reaccionario o progresista) dependerán de la relación social y política de fuerzas que se configure en el curso de la transición, la cual, a su vez, deberá generar nuevas corrientes de inversión, producción, intercambio y competencia, que abran un nuevo ciclo de crecimiento económico y reconstitución del empleo y el tejido social.

Post scriptum: La CEI, el plan de choque y los comienzos de la privatización

Los acontecimientos posteriores a la redacción del presente artículo no alteran sus conclusiones. Pero



por su enorme importancia y complejidad, requieren de algunos agregados complementarios con el propósito de actualizar las líneas de análisis del trabajo y ubicar los elementos centrales de la situación actual.

El hecho nuevo más importante es la desaparición de la URSS, algo completamente previsible tras la derrota del golpe de agosto, pero no seguro. El golpe finalmente cumplió con el objetivo de impedir la firma del nuevo Tratado de la Unión, pero no para restablecer la anterior unidad, sino para desencadenar la disgregación definitiva del Estado central. La Comunidad de Estados Independientes (CEI) que sustituyó a la URSS, constituye una confederación extremadamente tenue y precaria de Estados soberanos, que abarca a trece de las exrepúblicas soviéticas (reconociendo la independencia de las tres bálticas). Su unidad pareciera ser sólo el resultado de la imposibilidad de cortar y reformular de un día para otro los lazos económicos internos¹⁹ y de dividir la fuerza militar unificada más grande del planeta que cuenta con uno de los dos más grandes arsenales nucleares.

En términos políticos internos, lo que tiende a predominar en la nueva CEI es más bien la extensión de los conflictos interétnicos, la disputa por los despojos del patrimonio de la URSS y la acentuación del conflicto político y militar. Dentro de la propia Federación rusa varias pequeñas regiones autónomas siberianas han declarado la independencia (Checheno-Igushetia, Tatarstán, Yakutia). Ucrania en particular está tratando de aprovechar su fuerza económica, potencial demográfico y situación limítrofe europea para fortalecer su autonomía política y militar e interlocución directa con Occidente. Por el contrario, son los tradicionales enemigos externos

de la URSS (Estados Unidos y Europa occidental), los garantes de la unidad de la CEI y su fuerza militar, que han pasado a considerar como una pieza fundamental de la estabilidad internacional y el nuevo orden mundial en formación.

Dentro de la CEI, Rusia ocupa el lugar central que tenía dentro de la URSS, y hereda su lugar en las relaciones internacionales (asiento en el Consejo de Seguridad de la ONU, tratativas con el FMI o el Grupo de los Siete, etc.), controla la emisión del rublo (que continúa siendo la unidad monetaria del conjunto de las repúblicas) e impone al resto de los Estados las líneas más generales de la orientación económica. Por esa razón —y a pesar de la diversidad de las situaciones políticas de las restantes repúblicas— el curso de la evolución interna de Rusia es esencial también en términos del conjunto.

Desde enero de 1992 ha comenzado a aplicarse en Rusia el primer intento de implantar una política radical de transición al capitalismo bajo la dirección de un nuevo equipo económico de jóvenes tecnócratas.²⁰ El plan fue preparado e instrumentado en condiciones económicas muy críticas, con creciente desabasto de productos, elevamiento acelerado de la inflación y aun más rápida caída del valor del rublo (cuya cotización en el mercado negro cayó desde unos 30 rublos por dólar en agosto de 1991 a más de 100 al terminar el año), en condiciones políticas de creciente descontento popular, resquebrajamientos en la cúpula del bloque yelsinista y reorganización de la oposición conservadora.

El plan gubernamental combina un violento plan de choque con la puesta en marcha del proceso de privatización de las empresas estatales. El primero está centrado en la liberación (elevación) de precios y el intento por estabilizar el rublo y sanear las

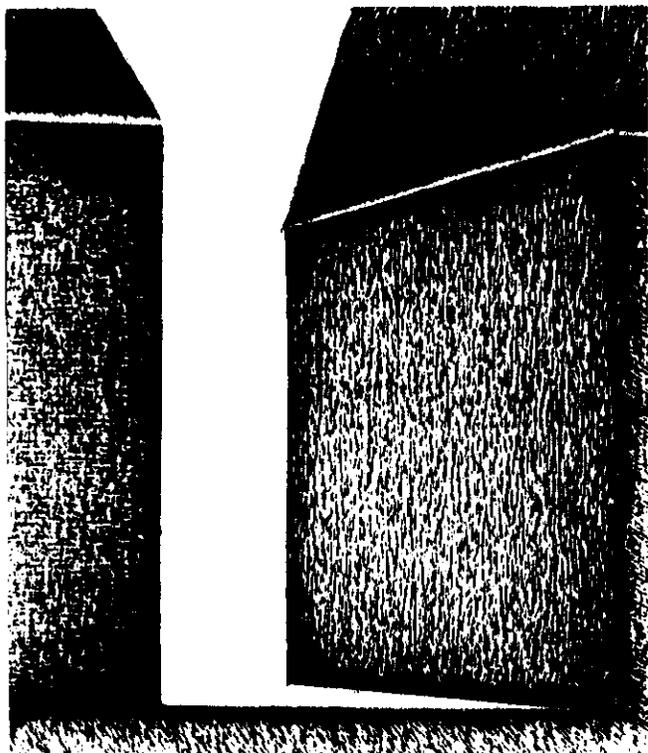
finanzas públicas. El segundo se caracteriza por un fuerte pragmatismo que deja un amplísimo campo a elementos espontáneos.²¹ En conjunto, posterga para una segunda etapa la apertura de la economía a la inversión extranjera y sólo recurre al apoyo de los países del G-7 y del FMI, para obtener asistencia alimentaria y establecer un fondo de contingencia para respaldar el rublo.

En esencia, más allá de sus formulaciones explícitas, el plan propone llevar adelante un colosal proceso de acumulación capitalista originaria, consistente en expropiar los ahorros del pueblo ruso,²² reducir el fondo de salarios, establecer un ejército industrial de reserva, crear una nueva clase capitalista casi de la nada, sanear las finanzas públicas y poner en funcionamiento mercados de mercancías, fuerza de trabajo y capitales. Su aspecto político consiste en la propuesta (ver nota 21) de incorporar a los trabajadores y capas muy amplias de la población a la categoría de propietarios de acciones, pequeñas empresas y viviendas, a participar en el control del proceso de privatización y a beneficiarse (una vez superado el inevitable trago amargo de la restructuración) del restablecimiento de la producción, el empleo y la calidad de los bienes y servicios.

En las condiciones de control oligopólico de la oferta por los grandes consorcios estatales y las mafias del mercado negro, la liberación de los precios provocó un impresionante elevamiento del orden del 300% al 400%,²³ no acompañada de un significativo aumento del abasto. Esto provocó presiones sociales muy fuertes en el plano salarial, que se tradujeron en logros muy desiguales conforme la fuerza social y política de los diferentes sectores aumentaba, y en una drástica reducción promedio del salario real.²⁴ Otra de sus consecuencias es la

acentuación de la caída de la producción industrial provocada por el ahogamiento financiero de las empresas más deficitarias, con efectos muy negativos sobre el empleo y los ingresos de amplios sectores de trabajadores. Como resultado de todo ello, se están agravando los padecimientos sociales de la población, sobre todo los de los sectores más desprotegidos y débiles como los jubilados, los desempleados (que comienzan a constituir una magnitud apreciable de la población) o los trabajadores no calificados (amenazados por el desempleo) y dispersos. Sin embargo, aunque se han multiplicado las protestas y declarado algunas huelgas, no ha ocurrido hasta ahora nada parecido a un estallido social.

Otra consecuencia muy notoria de la nueva política oficial es el comienzo de un enorme proceso “espontáneo” de transferencia de propiedad estatal en beneficio de altos funcionarios (como fue el caso del alcalde de Moscú, G. Popov, considerado como “el quinto hombre más rico del país”).²⁵ Dentro de este contexto predominante, el proceso de privatización parece convertirse en un gran campo de confrontación social en torno al lugar y papel de los trabajadores en el mismo, que se resisten a aceptar papel subordinado que le asigna el proyecto gubernamental. Según la fuente que citamos en la nota 21, “sin esperar la autorización de nadie, las empresas comienzan a privatizarse. Los empleados y gerentes asumen el control como si ya fueran propietarios de los activos”. “La Unión de Colectivas Trabajadoras, uno de los más grandes grupos de sindicatos y empresas, criticó al gobierno por no permitir a los trabajadores asumir el control de sus sociedades... Si se aceptan todos sus ofrecimientos, más del 40% de las acciones de las empresas terminarán en manos de trabajadores o gerentes”.



Es aún muy temprano para opinar sobre el posible éxito o fracaso del plan, ya que no todos los indicadores son de tipo negativo. En febrero aparecieron indicadores favorables sobre la revalorización del rublo, la reducción de la espiral inflacionaria o el mejoramiento del abasto urbano de productos de primera necesidad. A pesar de cualquier comportamiento de los indicadores macroeconómicos, parece claro que el elemento decisivo para determinar el futuro del proceso es el desenlace de la lucha social y política que ha comenzado a gestarse en torno a él.

A pesar del descontento social y las fuertes fisuras del bloque que lo apoya (críticas del vicepresidente Rutskoy, del presidente del parlamento ruso Jasbulatov o de los alcaldes de Moscú y San Petersburgo), Boris Yeltsin conserva su liderazgo carismático sobre el movimiento democrático y las principales fuerzas sindicales. Pero su popularidad comienza a decaer y reposa en gran medida en el cumplimiento de su promesa de lograr que la situación económica y social comience a mejorar a fines de 1992. La oposición crece en el seno del ejército, que aparece como una fuerza incierta que puede tratar de derrocar al gobierno en cualquier momento.

El hecho político más importante de la actual coyuntura es probablemente el reagrupamiento de las fuerzas conservadoras, que después del golpe se habían dividido en dos grandes tendencias, los “rojos” (diversos grupos de comunistas desplazados que reivindican la tradición estalinista) y los “negros”.²⁶ El objetivo de la coalición conservadora consiste al parecer en unir fuerzas para tratar de derrocar al gobierno de Yeltsin apelando simultáneamente a la convocatoria del disuelto Congreso de Diputados del Pueblo para el 17 de marzo del presente año (aniversario del referéndum que votó en favor del Tratado de la Unión) y a la más grande concentración popular de oposición para el mismo día, mientras trabaja conjuntamente sobre el ejército.²⁷

Pero no todos los acontecimientos políticos se orientan hacia la derecha. También comienzan a desarrollarse y agruparse nuevas fuerzas que propugnan la construcción de una genuina alternativa socialista, como es el caso del aún pequeño Partido Laboral constituido por la alianza del Partido Socialista, encabezado por Kagarlitsky, con diversos grupos menores y fuerzas sindicales.

Notas

- 1 Para un desarrollo más amplio de las ideas aquí expuestas, ver Alejandro Dabat, "El derrumbe del socialismo de Estado y las perspectivas del socialismo marxista", en el libro colectivo *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, 1991.
- 2 Según el economista Alexander Zaichenko, el poder adquisitivo del salario soviético se deterioró hasta un nivel en que dejó de atender sus principales funciones económicas, de "estimular la calidad del trabajo y elevar la productividad, servir de base a la diferenciación indispensable de la remuneración y ser uno de los pilares de la ética del trabajo". El deterioro también alcanzó a los bienes y servicios gratuitos que componen el fondo de consumo social (educación, salud, etc.), al punto que los gastos del Estado soviético por este concepto comenzaron a rezagarse respecto de los de Europa occidental y Estados Unidos. En resumen, Zaichenko opina que en términos del volumen medio de los bienes y servicios consumidos por habitante, la URSS de fines de los ochenta se hallaba situado entre el 50 y el 60 puesto, entre los diferentes países del mundo. Véase síntesis del artículo de la revista *Noticias de Moscú* reproducido en la sección financiera de *Excelsior* del 27-VIII-88).
- 3 Ver Alejandro Dabat, *op. cit.*
- 4 Los propósitos iniciales de los reformadores se hallan claramente formulados en el conocidísimo libro de Gorbachov, *La perestroika. Nuevas ideas para mi país y el mundo*, Diana, México, 1987.
- 5 A este respecto resulta ilustrativo el trabajo de Daniel Bell, "Economía, infierno de Gorbachov", *Política*, núm. 120, *El Nacional*, 22-VII-91.
- 6 El libro de Juan Pablo Duch y Carlos Tello (comp., traducción e introducción) *La polémica en la URSS. La perestroika seis años después*, FCE, México, 1991, ofrece una muestra del mosaico de posiciones comprendidas en este espectro de fuerzas políticas.
- 7 La composición del Soviet Supremo durante los críticos años de 1990 y 1991 (antes del golpe) contenía el conflicto político que dividía a la sociedad, aunque exagerando el peso de los miembros del PCUS y en particular de sus facciones centristas. Los renovadores radicales (que abandonan masivamente el PCUS después de junio de 1990) solo constituían una cuarta parte de los miembros, mientras que el ala conservadora del partido controlaba a una fuerza equivalente. Ello daba al centro del PCUS (como las llamadas "Plataforma del Comité Central" propiamente gorbachoviana o "Plataforma marxista" que expresaba a los tecnócratas del gobierno) una fuerza desmedida que podía volcar las decisiones del Soviet en una u otra dirección conforme evolucionase su polarización en torno a las posiciones extremas. Para un mayor detalle pueden verse las notas de John Parker de "The Economist" aparecidas en la sección financiera de *Excelsior*, noviembre 6 de 1990.
- 8 El XXVIII Congreso del PCUS fortalece al centro de Gorbachov contra la vieja guardia conservadora dirigida por Ligachov (que es separado de un cargo de segunda figura del partido detrás del secretario general). Pero al mismo tiempo, expresa el acuerdo del centro con una nueva derecha nucleada en torno al grupo "Soyuz" que se diferencia de la anterior en su aceptación condicionada de las privatizaciones, aunque enfatizando por encima de todo en la necesidad de fortalecer al poder central y terminar con la anarquía. Otra consecuencia del XXVIII Congreso es la renuncia al partido de los principales dirigentes del reformismo radical como Yeltsin, o Popov, que exigían del partido un pronunciamiento mucho más claro. Para un análisis de la orientación fundamental del último Congreso véase el escrito póstumo de Fernando Claudín, "La plataforma del PCUS", en *Nexos*, núm. 51, julio de 1991.
- 9 Para un recuento de las marchas y contramarchas de la preparación de la transición a la economía de mercado puede verse Miguel García Reyes, "Los proyectos económicos de la perestroika", revista *Comercio Exterior*, vol. 41, núm. 8, agosto de 1991.

- 10 Véase la entrevista al dirigente del grupo conservador "Soyuz" Víctor Aksnis, "La URSS está en peligro", *Política*, núm. 103, *El Nacional*, abril 25 de 1991.
- 11 Una de las primeras medidas que tomó Boris Yeltsin para combatir el golpe militar fue el llamado a la huelga general en la República Rusa. Conforme la prensa internacional, los sindicatos mineros en particular parecen haber sido los que se movilizaron más activamente contra el golpe. En la ciudad de San Petesburgo, la resistencia encabezada por el alcalde Sobchak parece haberse apoyado directamente en la movilización obrera de la fábrica más grande de la ciudad, Kirov, de más de treinta mil trabajadores. Véase relato de Felicity Barringer reproducido por *Excélsior* los días 7, 8 y 9 de octubre de 1991.
- 12 Normalmente se enfatiza en la mayor capacidad adquisitiva del trabajador y el ciudadano occidental sobre sus contrapartes soviéticas. Pero tal vez más importantes hayan sido las crecientes diferencias en la calidad de los bienes y servicios, en el mantenimiento de las viviendas, las posibilidades de conservar y reparar bienes de consumo duradero, o la posibilidad de disponer efectivamente del tiempo libre (colas, trámites, reuniones no voluntarias, etc.). El deterioro de los servicios se expresó dramáticamente, por ejemplo, en el terreno de la salud, provocando a partir de los setenta el crecimiento de la mortalidad infantil y la reducción de las expectativas de vida. Véase, por ejemplo, M. I. Goldman, *URSS in Crisis*, Nueva York, Norton & Company, 1983.
- 13 Para una presentación del estado que guarda la izquierda socialista soviética puede verse el artículo de John Rees, "Divided and Disarmed" en la revista *Socialist Review*, núm. 145, Londres, septiembre de 1991.
- 14 Este punto ha sido abordado por diversas fuentes. Puede verse, por ejemplo, el artículo de Chiara Valenti de L. *Expreso*, reproducido en *Excélsior*, enero 14 de 1991.
- 15 Las "cuatro modernizaciones" han tenido un espectacular éxito económico (crecimiento medio anual del PIB del 10%, 7% en el sector agrícola, 13% en las exportaciones) durante la década de los ochenta. La estrategia china combina tres ejes: la gran industria estatizada manteniendo criterios centralizados de planificación y gestión, la privatización de la agricultura y la pequeña empresa de productos y servicios (familiar, colectiva o propiamente capitalista) y la industria privada de exportación en las zonas económicas especiales para la inversión extranjera. Para la burocracia dirigente, el elemento "socialista real" se ubicaría en la preservación del dominio del sector estatal y el monopolio del poder por el partido comunista. En los hechos, sin embargo, el dinamismo del sector agrícola, de la industria privada y de las actividades de exportación está dejando atrás al monopolio estatal industrial, dependiente cada vez más del subsidio financiado por los ahorros del pujante sector privado. Así, la participación en la producción industrial total de las empresas estatales cayó de más del 80% a comienzos de la década de los ochenta, a 54.5% en 1990 y sólo 52.8% en 1991. Cifras tomadas de declaraciones del director del Departamento de Estadísticas del Gobierno Chino, *Excélsior*, sección Financiera, marzo 4 de 1992.
- 16 Véase Massimo L. Salvadori, "Propuestas y temas de la lucha de Karl Kautsky contra el bolchevismo. Desarrollo capitalista, democracia y socialismo.", en F. Claudín y otros, *La crisis del capitalismo en los años veinte*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 85, México, 1981.
- 17 Véase E. Mandel, *Trotsky: teoría y práctica de la revolución permanente*, Siglo XXI, México, 1983.
- 18 Véase S. F. Cohen, *Bujarin y la revolución bolchevique*, Siglo XXI, Madrid, 1976, pp. 201 y ss.
- 19 Salvo el caso de la Federación Rusa, que cuenta con un alto grado de autarquía económica (la suma de sus exportaciones e importaciones a las otras repúblicas no alcanza al 20% de su producto interior), el resto de las Repúblicas son altamente dependientes del comercio interrepúblicano. La parte de este último supera al 30% de su producto interno en los casos de Ucrania y Kazajastán, se sitúa entre el 40 y el 60% en nueve repúblicas y se aproxima al 80% en el caso de Turkmenistán (datos de la OECD publicados en la revista *The Economist* del 29-IX-90).
- 20 El equipo económico de Yeltsin encabezado por Yego Gaidar se caracteriza por la juventud de sus miembros, su

ideología liberal y su carácter extremadamente pragmático. Tiene un equipo de asesores extranjeros entre los que se cuentan los polacos Gomulka y Rostowsky, el inglés Layard, el sueco Aslund y el norteamericano Sachs (Véase D. Brooks, AP-Dow Jones, reproducido en la *Sección Financiera de Excélsior* del 28-II-92). Es un equipo distinto al que elaboró el conocido Plan de los 500 días (Plan Shatalín) bajo la dirección del economista Yavlinsky, y no cuenta con el apoyo de los economistas más conocidos como Petrakov, Agambegian o Bunich.

- 21 El plan plantea la subasta de 100 mil, tiendas y la mayor parte de la industria ligera en el transcurso de 1992 y el grueso de las empresas estatales entre 1993 y 1994. Las ventas serán efectuadas por las autoridades locales bajo la supervisión de un Comité para el Manejo de la Propiedad Estatal. Los trabajadores recibirán una cuarta parte de las acciones de su firma y podrán adquirir un 10% más; pero en ningún caso podrán asumir el control de las empresas. El carácter espontáneo de la privatización radica en que las autoridades locales podrán establecer sus propios planes, como es el caso, por ejemplo, del municipio de Moscú, y en el que se admite que los gerentes y empleados de las empresas realicen por sí mismos la privatización ("The Economist", reproducido por *Sección Financiera de Excélsior* del 24-II-92). En la agricultura, el objetivo inmediato parece hallarse en la privatización de un tercio de las tierras labrantías en 1992, aunque en este caso no parece haber una política definida en relación con el desmembramiento de las granjas colectivas (*Ibid*, 6-III-92). En cuanto a la vivienda, se ha sancionado una ley que establece su entrega en propiedad a los ocupantes mediante un pequeño pago (*Ibid*, 5-III-92).
- 22 Uno de los objetivos explícitos de la liberación de los precios fue absorber los ahorros forzosos del pueblo ruso, que habían alcanzado magnitudes muy grandes como resultado de la insuficiente oferta de productos. Ello había dado lugar a la existencia de reservas totales de dinero que alcanzaban una proporción inusualmente alta en relación con el producto interno bruto (del 50% según la revista

The Economist, cuando lo normal, para una economía como la rusa, debería ser, según la revista, de cerca del 30%). Según la misma fuente, se hubiera requerido de un elevamiento del 100% del nivel de precios para normalizar la relación (absorber el poder de compra excedente). Pero como los precios se elevaron en un 300%, las reservas totales de dinero cayeron a un 10%, la situación se invirtió completamente (Ver *Sección financiera de Excélsior* del 26-II-92).

- 23 Existe mucha información sobre las condiciones del mercado y los factores que condicionan tan grande elevamiento de los precios. Por ejemplo, *Sección Financiera de Excélsior* del 31-I-92 y *Business Week* del 2-III-92.
- 24 Sobre el comportamiento del salario nominal medio, puede verse *Sección Financiera de Excélsior* del 9-III-92.
- 25 Ver entrevista de Miguel Barberena a Kagarlitsky en *Excélsior* del 25-II-92. Existen al respecto una gran cantidad de denuncias e información de distinto tipo publicadas por la prensa internacional. Al respecto resulta de gran interés la información que suministra la revista *Business Week* del 2-III-92, cuando señala que la gran recuperación del valor del rublo en relación con el dólar de fines de febrero (que siguió al estrepitoso derrumbe de enero), se debe en gran medida a la búsqueda de rublos para invertir en la compra de empresas.
- 26 Uno de los acontecimientos políticos más importantes de los últimos meses ha sido el surgimiento a finales de 1991 de la coalición *Nashi* (Nuestro) constituida entre el núcleo principal de lo que fue la corriente *Soyuz* del PCUS dirigido por Víctor Alkanis con nacionalistas antisemitas que reivindican la tradición de las Centurias Negras de la época zarista. El programa de la nueva coalición plantea la restauración de la Unión Soviética en sus viejas fronteras, el rechazo a la democracia y la aceptación de la propiedad privada (véase revista *The Economist* del 29-II-92 y *Excélsior*, Cuarta parte de la Sección A del 11-III-92).
- 27 Ver James Carney, "Comunistas y nacionalistas seducen al ejército. Único que quitaría a Yeltsin", *Excélsior* (Cuarta parte de la Sección A).